

mo de estos grandes hombres, descubrió en ella suficientes méritos para considerarla como base de una ciencia nueva é independiente de las demás, en cuanto á su objeto, pues dijo que su fin único y particular era la riqueza y adquisicion de bienes, á que se dió el nombre de *crematística*, diferenciándola de la moral y de la política.

El modo de discurrir de este filósofo, marcó ya los tres puntos de que habia de ocuparse la inteligencia humana respecto á la organizacion de la sociedad, y en una obra especial trató de la riqueza, desarrollando lo que habia resumido en su primer libro de *La Política*. Los romanos, que no hicieron mas que seguir las huellas de los griegos, nada dijeron en este punto que sobrepujára á las especulaciones griegas; pero la ley agraria de Roma, la atrevida tentativa de los Gracos, y los escritos de Caton, Varron, Columela y Ciceron, fueron una ampliacion de las doctrinas emitidas por Aristóteles, que tuvieron una explicacion científica en Italia en la época del renacimiento de las letras.

Imposible era que una vez iniciada la conveniencia de los estudios económicos, fueran estériles los trabajos de aquellos sábios, y cuando el mundo ya constituido por las leyes de Lycurgo, Solon y derecho romano, debia pensar en perfeccionarse, multitud de escritores se dedicaron á desenvolver los principios económicos que tan brillante porvenir debian tener, cuando la sociedad reconociera la utilidad que la reportaba el desarrollo de su riqueza y la eficaz aplicacion de sus fuerzas productoras.

El órden de investigacion en esta ciencia prueba el grado de desarrollo que fué recibiendo y los progresos que fué alcanzando, no solo en el terreno científico, sino en la concepcion de su verdadero objeto y propósito, y así es que al principio la vemos confundida con la política, despues, algun tanto emancipada, se aplica al estudio de las cuestiones financieras; mas tarde, concretándose mas, se ocupa del desarrollo agrícola, mas tarde aun, y por rumbo opuesto, fija su atencion en la industria, y finalmente ocupándose de la investigacion de los medios de fomentar la produccion y distribuirla, ha venido á confundirse por algunos en la forma ó manera de organizar la sociedad.

Fácil será comprender que en este distinto modo de juzgar del objeto de la Economía política, han influido mucho las épocas, y así vemos que cuando el saber humano no se habia desarrollado lo suficiente para deslindar el terreno de cada ciencia, la Economía política

se confundió con la ciencia del gobierno; pero cuando el espíritu analítico y los adelantos de la filosofía hicieron conocer que en la administración de los pueblos había otra cosa más que derechos y deberes, y que ese nuevo vínculo que unía á la especie humana, era el interés material, lo primero que se ocurrió fué creer era el comercio; vióse después que para que este prospere es preciso que se le faciliten objetos con que comerciar, y se creyó que siendo la tierra la madre común de todos los productos, ella era el único elemento de prosperidad; pero después se vió que había otros ramos de producción tan importantes acaso como la agricultura, y considerando que la aplicación del trabajo á las manufacturas, modifica las primeras materias que da la agricultura en gran parte, y las hace aumentar de valor, se dijo que el trabajo material era el verdadero elemento de riqueza. Progresando más los conocimientos humanos á manera que la civilización avanzaba, se observó que había también otras producciones del trabajo humano que no habían sido tenidas en cuenta, y que no por dejar de ser fruto del empleo del brazo del hombre, eran menos estimables, y entonces se declaró que la industria era la fuente de la riqueza.

Pero quedaba aun por resolver la cuestión más importante. Los economistas hasta entonces solo habían considerado á la Economía política bajo el punto de vista de su objeto, y faltaba examinarla bajo la consideración de su fin. Acostumbrados los hombres desde muy antiguo á no ver figurar en la Historia más que las entidades colectivas, representadas por el Estado, creyeron que la dicha de los individuos estaría en razón directa con la de la nación, y bajo este supuesto, que parecía muy natural, los sábios se dedicaron á buscar los medios de fomentar y acrecentar la riqueza pública, que fué al principio la base de la Economía política, por creerse que el bienestar consistía en la mayor acumulación de bienes. Pero ese no debía ser el fin de la filosofía política, como no puede ser el término de la filosofía moral, el engrandecimiento del individuo por malos medios, y reflexionando acerca de los fenómenos sociales que se iban ofreciendo á la consideración de los hombres pensadores, vieron con asombro y satisfacción á la vez, que muchas veces, sino siempre, la prosperidad del Estado está en razón inversa de la de los individuos que le componen, y entonces comprendieron que los medios que habían adoptado como buenos para el completo desarrollo de la Economía política, no correspondieron á los fines ó resultados que producía.

La filosofía cristiana, justa y equitativa, y el espíritu moderno

fundado en ella, que rechaza toda idea de exclusivismo y omision, no podian tolerar que al comercio, á la agricultura ó á la industria se las considerara aislada y separadamente como únicas y exclusivas fuentes ú orígenes de la prosperidad pública, y observando sin embargo, que si los autores se habian equivocado en el modo de apreciar el valor recíproco de estos elementos de riqueza, habian estado muy acertados en considerarlos como tales, se convino en que la agricultura, la industria (inclusas las artes) y el comercio, son los únicos que pueden hacer próspera y dichosa á una nacion cuando están convenientemente auxiliados por la administracion pública.

En otra ocasion hemos dicho al ocuparnos de reformas arancelarias, que es imposible ó por lo menos inconveniente, que una nacion permanezca encerrada en el sistema arancelario que se haya formado, cuando otra nacion adopte una mejora real y positiva en el suyo; porque como las condiciones del cambio han variado y el modo de ser de una nacion ha sufrido alteracion, las demás naciones tienen que atemperarse á él, sopena de sufrir grandes quebrantos, que si no producen trastornos políticos en el momento, labran la ruina de su pais ó el desconcierto en la administracion. Pues bien, lo mismo decimos respecto á los adelantos y notables progresos de la Economía política: imposible es que permaneciera encerrada en sus antiguos límites, cuando las ciencias con las que se relaciona, han sufrido tan hondas y profundas modificaciones. Y tan adelante han querido llevar su exageracion algunos autores modernos, que la han considerado como la ciencia reguladora del orden social; definicion que no ha necesitado mas que enunciarse, para ser relegada al olvido; porque si esa clasificacion pudiera admitirse, seria refiriéndola á la economía general, y como formando una parte de ella, pero nunca podria reemplazar á la Economía política, por mas que esta se ocupe del modo de acrecentar la produccion, y medios de distribuirla y consumirla.

Enunciadas ligeramente estas consideraciones acerca de la marcha progresiva de la ciencia de la Economía política, calificacion que algunos escritores la niegan por las diversas definiciones que de ella se han dado, como si el derecho no hubiera sufrido hondas modificaciones, y aun algunas ciencias naturales hubieran sido invariables en sus principios, vamos á reseñar ligeramente su historia; para venir á la época en que fué concedida por el rey Carlos III la fundacion de la Sociedad Económica Matritense.

Despues de los esfuerzos de Aristóteles ó mejor dicho de las ideas

que naturalmente se ocurrieron á su claro entendimiento acerca de la relacion que no podia menos de observar, existia, entre las clases productoras y el Estado, aun cuando no pudiera expresar claramente una teoría, la Economía política, cayó en el olvido, y no lo estrañamos, pues en la terrible lucha que emprendió en aquella época el Occidente contra el Oriente, el objeto principal de todos los hombres pensadores, era amalgamar ó modificar las ideas de aquellas dos importantes partes del mundo, para establecer el gobierno que habia de regirlas, y cuando el mundo hasta entonces habia carecido de Historia propiamente dicha, no es de estrañar no hubiese descubierto todavía los principios de una ciencia que debia ser el resultado del desarrollo de unas doctrinas que aun no se habian enunciado sino muy ligeramente por los profetas de un pueblo que se estaba casi exterminando.

La constitucion de los antiguos Estados, basada en la division de clases y categorías, que tenian un modo de ser distinto, y entre las cuales no habia lazo ninguno de fraternidad, hizo que la esclavitud se considerase como una necesidad de aquella sociedad, viendo figurar con desconsuelo en Grecia y Roma el nombre de esclavo, que solo el pueblo de Dios dulcificó llamándolos siervos ó servidores. Considerada únicamente como noble la alcurnia y la profesion de las armas, que era la que conducia á los puestos mas elevados del Estado, el trabajo material y aun el intelectual, habian de caer naturalmente en el desprecio, y por eso vemos á un Homero mendigar la subsistencia, mientras Demóstenes y Ciceron se engrandecian con su palabra.

Las cosas habian mudado de aspecto, el periodo primero de la humanidad habia pasado y con él la sencillez de las costumbres y los gobiernos teocrático y patriarcal, y ocupados los primeros puestos por los guerreros, el poder militar sucedió al sacerdotal. En aquella época de trastornos y revoluciones que tendian á alterar la base social, no era ya bastante el poder sobre las conciencias, mas aun, era preciso romper con él para que las nuevas doctrinas germinasen en las tierras á que se iban á fiar.

Resultó, pues, que confiado á los esclavos ó pueblos sometidos, el cultivo de la tierra y las operaciones industriales y artísticas, aquella fatal preocupacion falseó todos los principios económicos que se hubieran podido tener sobre la produccion de la riqueza, y aun cuando en el hecho mismo de tener que confiar á manos mercenarias, la satisfaccion de las mas urgentes necesidades públicas, confesaba aquella sociedad descreida, la gran importancia del ejercicio de las artes y

lo noble de su objeto, lo cierto fué que ni los atenienses ni los romanos conocían, propiamente hablando, la Economía política.

Entregadas las operaciones materiales al cuidado de los esclavos, el trabajo por consiguiente, estaba sometido á reglas puramente elementales, y siendo falsos los principios en que descansaba, solo pudo producir resultados fatales bajo el punto de vista de la produccion y distribucion de la riqueza. Como el objeto y fin exclusivo de aquellos gobiernos era solamente hallar los medios de sufragar los inmensos gastos que llevaban consigo las grandes guerras que tenian que sostener, las investigaciones de los sábios se dedicaron exclusivamente al dominio público, derechos fiscales é impuestos de todo género, como puede verse, entre otros, por los trabajos de los señores Bœkh, Dureau de la Malle y Heeren, y para apreciar las riquezas se consideraban aisladamente los elementos de produccion, sin apreciar su mútua relacion.

El comercio estaba tan despreciado en Roma como la agricultura y la industria, pues hasta el mismo Ciceron le llamaba *res sordida*, opinion que no era general á toda la antigüedad, pues la república de Rhodas estaba basada en él, y Marsella misma á él tambien debió su poder, siendo esta la causa de que en años posteriores se creyera equivocadamente que él era el único elemento de riqueza.

Predicado el cristianismo y anunciadas las benéficas ideas que encierra, los pueblos oyeron con asombro la doctrina caritativa y humanitaria que se les predicaba; pero si Roma con sus armas habia abierto el camino que pusiera en comunicacion á todos los pueblos, facilitando de este modo la propagacion del Evangelio, estaban tan arraigadas las antiguas preocupaciones y eran tan poderosas las influencias é intereses que bajo las enseñas imperiales se habian creado y ejercido, que por muchos años aquella santa predicacion no produjo sino víctimas, que dejaban sin embargo, enterrada en la tierra que los diera sepultura, una semilla fructifera que habia de dar ciento por uno, y que creciendo con vigor, la nueva planta sofocaria la cizaña que dejaba yerma la tierra.

Despues de la caida del imperio romano, la destruccion del comercio, fué una de las consecuencias de aquel trastorno general; las ciencias y las artes desaparecieron, y durante un periodo de seis á siete siglos, apenas se hallan vestigios de trabajos económicos; pero cuando las naciones se despertaron de aquel largo sueño y abrieron los ojos materiales y los del entendimiento, vieron el mundo trasfor-

mado, y notaron la falsedad de los principios que habian regido hasta allí respecto al empleo de los capitales y al trabajo. Poco á poco volvió la actividad, el órden se restableció, se regularizó la produccion en sus diversos ramos, é iniciándose los gobiernos en los misterios científicos, dirigieron sus primeros pasos á investigar los de la ciencia comercial, como resabio de sus anteriores conocimientos, y hácia fines del siglo xvi aparecieron ya algunos autores que se ocuparon de materias económicas, entre los que figuran como iniciadores los italianos.

La coleccion de Custodi (1582-1804) contiene documentos preciosos respecto á este punto, si bien la mayor parte de los escritos del renacimiento se ocupan solo del oro, plata y numerario. Como es natural las primeras investigaciones de los economistas habian de versar en aquella época sobre cuestiones del momento y que tuvieran relacion con la riqueza del Estado, y así fué que las tareas de los primeros italianos, se dirigieron á investigar las causas de la alteracion de la moneda, ocurrida entonces, y que tanta perturbacion causó así en la fortuna pública como en la de los particulares. No fué esta la única causa, sin embargo, de la predileccion con que se trataron las cuestiones *chrysológicas*, pues sobre haber sido muy poderosa, les indujo á su estudio, el error, que ya hemos consignado antes, y por desgracia sumamente difundido, de que el dinero era el signo comun y universal de toda riqueza. Pero sea la que fuese la causa verdadera de las primeras investigaciones económicas, lo cierto fué, que al estudiar los fenómenos comerciales que aparecian, se tocaban otras cuestiones importantísimas que con ellos estaban ligadas, y una vez puesta la inteligencia humana en el camino del exámen de las causas que influian en la produccion de los acontecimientos que tanto los sorprendian, era imposible no se llegara, en mas ó menos tiempo, al descubrimiento de la verdad.

Así sucedió, y Antonio Serre sacó á la ciencia del estrecho círculo en que la habian encerrado sus predecesores, haciendo consideraciones generales sobre ella y las diferentes partes que la componen en su *Tratadito sobre las causas que pueden hacer abundar el oro y la plata en los reinos*, hallándose tambien el gérmen de la Economía política en las *Economías reales* de Sully, y especialmente el de la administracion, pues aquel gran ministro participó del error de su época, dando completa fé á la balanza de comercio, y creyendo por consecuencia que el sistema mercantil era la panacea de los Estados,

idea en que no solo abundó él, sino muchos de los economistas de los dos siglos siguientes, tanto en Francia como en Inglaterra.

Desastrosa era la situación de Francia al ocupar el trono Enrique IV, llegando á tal punto los apuros del Estado, que al levantar el sitio de París para retirarse á Dieppe, dijo á Sully. «Mis camisas están todas rasgadas, mi jubon agujereado por el codo y hace dos días que almuerzo y como uno en una casa y otro en otra.» Restablecida la paz, su célebre ministro escribió unas Memorias cuyo objeto era buscar el remedio de las calamidades que afligian á Francia, de suerte que á fines del siglo XVI, buscaba ya esta nación la base de su engrandecimiento en el estudio de las cuestiones económicas. Una de las máximas de este gran hombre de gobierno, era, que la labranza y los pastos son los dos pechos del Estado, y guiado por esta base de su sistema, que sirvió de principio á todas sus operaciones, formó multitud de reglamentos útiles para el estímulo de la agricultura. El impulso dado en su época á las rentas públicas, y la economía que introdujo en los gastos, la pusieron en el caso de hacer que entraran en las arcas reales, mas de ciento sesenta y un millones, fruto de sus ahorros de quince años; resultado notable si se tiene en cuenta que pagó mil ciento setenta y ocho millones de deudas anteriormente contraídas.

Pero el libro mas antiguo y en el que aparece por primera vez la palabra Economía política, es el de Montchretienne de Watteville, titulado *Economía política* y que fué publicado en Rouen en 1615. En este libro se examinan las fuerzas productoras del país, es decir, la agricultura, el comercio y las manufacturas, y en él se hallan saludables consejos para el desarrollo de estos ramos de la riqueza, habiendo continuado tan importantes investigaciones los italianos Broggia, Neri y Carli, entre otros, y los franceses Boulterone, Leblanc, Abot de Bezinghen, Dupré de Saint-Maur y Poulain.

Generalizadas en Francia é Inglaterra las ideas de Sully, como hemos dicho, Bodin, Mun, Melon, Klok, Becker, Schoerder, Davenant, Law, Justi, Bielfeld, J. Steward, Rusch, Ferrier y Cazeau continuaron difundiendo la escuela mercantil y financiera, sosteniendo la inexacta teoría, de que el bien de los países consistia en vender lo mas posible á los pueblos próximos, y comprarles lo menos que se pudiera; hacer que entrara mucho numerario en las arcas del Estado y prohibir su salida bajo las penas mas severas.

Por esta simple enunciación se comprenderá, que la época de la

verdad y de la justicia no habia llegado aun, pues el principio dominante de aquella ciencia, era un franco egoismo fiscal, tanto mas disculpable, cuanto que pensar de otro modo estaba reservado á otras generaciones, que favorecidas con el desarrollo científico en toda su escala, podrian comprender el alcance y fin de cada uno de los ramos en que se divide el saber. Aquella sociedad á pesar de llevar muchos siglos de existencia, empezaba entonces sus trabajos de investigacion, y creyendo buenamente que el pais era el Estado, y que cuanta menos moneda saliera y mas entrara, mas rico seria, se dedicó con afan al estudio de las cuestiones comerciales y á los medios de aumentar en un pais la suma del numerario.

El cristianismo, para conseguir su establecimiento, tuvo que luchar y destruir el principio de la filosofia oriental, que se fundaba en el predominio de las castas y el empleo de la fuerza; pero para que la equidad y la justicia ocuparan en el mundo el lugar que hasta entonces habia estado reservado á la impostura y la violencia, era preciso vencer grandes intereses y arraigadas preocupaciones, y cuando aun estaba teñida la tierra con la sangre de los mártires, la discordia alzó su cabeza, sin que aquella nueva filosofia hubiera tenido tiempo de desarrollar sus fraternales doctrinas y disciplinar sus instituciones, por eso no podemos culpar á los economistas de la primera época, profundizaran poco en el verdadero espíritu de la ciencia que inauguraban; porque como la unidad de esta es un principio inconcuso, solo puede perfeccionarse cuando los progresos son simultáneos.

Poco á poco se iba caminando, sin embargo, á tan feliz resultado, y aunque las vicisitudes políticas que sufrían las naciones, eran una poderosa palanca para llegar al conocimiento exacto de sus verdaderas necesidades, Boisguillebert y Vauban, reclamaron en tiempo de Luis XIV una reforma radical de los abusos fiscales, movidos por la carestía y miseria de Francia; pero á pesar de su buen deseo, el primero no pudo desprenderse por completo de las preocupaciones que hacía tanto tiempo venían ofuscando la mente de los economistas, y así fué que se limitó únicamente á pedir la reforma de la percepcion de los impuestos, paso que era ya algun tanto atrevido; pero que fué de mucha menos importancia que el dado por el segundo, que atacó el abuso en su origen.

Tantos desvelos habian necesariamente de producir una reforma en la Economía política, y Quesnay tuvo la gloria de derribar el sistema mercantil que habia dominado teórica y materialmente hasta me-

diados del siglo XVIII, y en tiempo de Luis XV le atacó en su base para sustituirle con el sistema agrícola, erróneo como el anterior, pero que preparó el camino á las fructuosas investigaciones de los economistas contemporáneos. Aun cuando su teoría fué incompleta, preciso es convenir en que fué el fundamento de la Economía racional, siendo por sí solo un adelanto importante haber derrocado lo anterior, pues probó lo odioso y ridículo de los monopolios.

William, Petty y Dudley-North, marcaron los errores de la escuela mercantil; pero Quesnay los analizó, y no contento con destruir, quiso edificar, y para lograrlo publicó su *Cuadro económico*; pero sus *Máximas generales de Gobierno*, reducian la ciencia á meros cálculos de utilidades, y de su resultado deducia que la Economía política no era mas que el conocimiento de la fuente primitiva de las riquezas, y de las consecuencias naturales que de ella se derivan. Siendo el terreno el objeto de sus estudios, naturalmente consideraban á la agricultura como la fuente de toda riqueza, que segun ellos, consistia en el provecho neto del propietario, no habiendo acrecentamiento posible en la riqueza, sino en el aumento del provecho neto, que pasando á los industriales ó comerciantes, no fructifica en sus manos, pues para aquellos economistas solo era una trasformacion que para nada entraba en el acrecentamiento de la riqueza del pais.

Morellet, Mirabeau el padre, Sainte-Péravi, Baudeau y Turgot, continuaron difundiendo la doctrina enunciada por Quesnay, y para que resaltara mejor la importancia de la agricultura, dividieron la poblacion en tres clases: productora, propietaria y estéril, en la que entraban todos los que no eran agricultores. Dupont de Nemours, publicó las obras de su maestro, á cuya coleccion dió el nombre de *Fisiocracia* ó constitucion natural del gobierno mas ventajoso al género humano, escuela francesa, que como su fundador, consideraba á la naturaleza en general, y especialmente á la agricultura como fuente de toda riqueza, y en su consecuencia proponian un impuesto único, el impuesto sobre la renta; porque en esta segunda época, como en la primera, el objeto primordial de los economistas, como lo habia sido el de los financieros ó hacendistas, era la percepcion de los impuestos para sufragar las cargas del Estado.

Desde 1765, año en que data la publicacion de las obras de Quesnay, dió Alemania á estos economistas el nombre de *fisiócratas* del título de la obra impresa por Dupont, y aun cuando su sistema se fundaba en una idea esclusiva, exagerada é insostenible, sus partida-

rios prestaron un servicio importante llamando la atención pública hacia la agricultura, que había estado completamente olvidada hasta entonces, y que si algún ramo de riqueza mereciera predilección, indudablemente debiera ser la agricultura ó los productos naturales, y propagaron ideas favorables á la libertad de comercio, que hoy tanto llama la atención de los que se dedican á las cuestiones económicas, habiendo producido una nueva división de economistas, así como Quesnay dió origen en su época al sistema agrícola, en contraposición al mercantil.

Pero los adelantos ya se sucedían con más rapidez y Mercier de la Rivière dió una forma científica á las doctrinas de sus antecesores, que fueron discutidas en Alemania, donde tuvo la Fisiocracia muchos partidarios, á quienes combatieron Condillac, Forbonnais y Mably en Francia, Moser, Springer, y Pfeiffer en Alemania, y Briganti y Galianica en Italia. La imprenta, cada vez más generalizada y perfeccionada, contribuyó en gran manera al adelanto de la Economía política, como ha dado un gran impulso á la civilización en general, y una vez ya conocidos los tres sistemas anteriores, todos exclusivos y por consiguiente incapaces de producir el efecto que sus mismos fundadores deseaban alcanzar, no debía tardarse mucho tiempo en que apareciera un reformador.

Así sucedió, pues con el escocés Adam Smith empieza una nueva era, y con ella la tercera época de la Economía política, que tomando diferentes partes del sistema mercantil y del agrícola, y considerando el asunto de un modo más elevado que cuantos le habían precedido, sentó como principio que para el hombre, el trabajo es la condición de toda riqueza, y por consecuencia el origen de la prosperidad nacional. En sus célebres *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, publicadas en 1776, dijo que el trabajo, cualquiera que sean sus aplicaciones, agricultura, comercio ó industria, es la fuente verdadera de toda riqueza, habiendo sin embargo cometido la falta de no considerar como trabajo productivo más que el manual.

Explicando su sistema, dijo oportunísimamente, que la riqueza no resulta solo de la posesión del numerario, ni de los productos naturales, sino que se origina principalmente del trabajo, en tanto que se aplica á la mejora del suelo y desarrollo de la industria. El aumento de trabajo que dá el acrecentamiento de productos, es el resultado de su división en todas las partes que constituyen la industria, considerado en su triple relación de la agricultura, las manufacturas y el comer-

cio, añadiendo á esta division el ahorro y la acumulacion, que forman los capitales necesarios á nuevas empresas y trabajos, deduciendo de aquí, que el trabajo es la medida del valor de los bienes; porque como estos no se adquieren, sino por el trabajo, no tienen para el poseedor mas que un valor relativo al trabajo exigido para su produccion.

El cambio y precio de los bienes están igualmente regulados por la cantidad de trabajo aplicado á los objetos cambiables, salvo ciertas circunstancias particulares. Los elementos del precio se componen de los salarios ó de la parte que toma el trabajador en los productos, de la renta territorial ó de la parte que el propietario retira de los beneficios del producto del suelo, y en fin del provecho ó porcion de los beneficios atribuidos al que ha proporcionado los capitales, y que hacen posibles la industria y el trabajo, resultando de estos principios, que el producto neto de un pueblo, no es debido únicamente á la renta territorial, como decia Quesnay, sino á los salarios y provechos, y como consecuencia natural, el impuesto debe percibirse de estos tres ramos, y no recaer solo sobre la renta, como querian los economistas.

Como es de suponer, Smith tuvo adversarios, entre los que se contaron Gray, Lauderdale, Playfair y Ganille; pero el influjo de sus doctrinas fué tal, particularmente en Inglaterra, que sirvió de punto de partida á Craig, Macculloch, Ricardo, Malthus, Niel y Torreur, que á pesar de todos sus estudios, no sacaron á la Economía del estrecho círculo de considerarla como ciencia de las riquezas, hasta el punto de que Ricardo, Macculloch y Senior la han reducido á tan estrechos limites, y la han dado una forma tan abstracta, que han considerado á la riqueza como independiente del hombre y sus necesidades, teniendo sus escritos, á pesar de todo, un mérito incontestable, sobre todo los de Ricardo.

Las doctrinas de Smith produjeron una revolucion en la ciencia económica, y como se acercaban mucho á la verdad, fueron seguidas por infinidad de economistas, viendo preponderar en ellas el imperio de la razon que tan ancho camino se iba abriendo en el campo de las investigaciones; pero entre todos sus discipulos, el que puede decirse que popularizó en Francia las ideas del profesor de Edimburgo, fué Juan Bautista Say, que ordenó mejor sus doctrinas, comentándolas con ideas propias. Como resultado de sus profundos estudios, publicó su excelente *Tratado de Economía política* que mereció ser considerado por los inteligentes, como una de las mejores obras de su clase, tanto por su claridad é hilacion en las ideas, como por su clasificacion.

Su objeto fueron tambien las riquezas; pero examinándolas mejor que Smith, las consideró como el producto anual de la tierra y del trabajo, y probó además que el trabajo material no era el único productivo, sino que el intelectual contribuía á la acumulacion de los ahorros y de los capitales, del modo mas útil á cada sociedad. Meditando con calma acerca de todos los fenómenos que ofrece la vida social, no trata de prohibir el lujo, tan distintamente considerado por los economistas y moralistas; pero sí se opone á su progreso, anunciando ya los saludables principios que habian de armonizar el orden moral con el material; porque como dice muy bien, la mayor ó menor moderacion en los deseos, es el resorte de las costumbres y no la legislacion.

La inteligencia humana habia dado ya un gran paso, se hallaba en el buen camino y rechazaba toda idea violenta; porque la historia encerraba ya bastantes hechos para probar que bajo el fausto y la grandeza, se oculta una honda llaga social que corroe su existencia y acaba por destruirla, y que las leyes no son justas sino cuando se fundan en los verdaderos principios morales que sostienen la cohesion de la sociedad, siendo completamente impotente el mandato cuando la razon de ser de las cosas radica en un punto ageno á la voluntad del hombre. Por eso aconseja tambien que los capitales y el trabajo sigan la direccion mas conforme al orden moral, diciendo importa mucho tener esto en cuenta, pues la perversion moral, obra directamente sobre la propiedad material, de suerte, que solo cuando las tierras están puestas en condiciones de producir mas y mejor, es cuando el trabajo tiene empleo útil, pudiendo ocuparse despues la sociedad en objetos de pasatiempo y recreo.

Entrando en su propósito no descuidar los intereses comerciales, aclara tambien la teoría de las salidas ó exportacion, mostrando que las crisis comerciales suceden principalmente por no estar todos los paises en iguales y buenas condiciones de cambio, teoría que se funda en la observacion de que las naciones no pagan sus productos, sino con productos, y cuantas leyes las prohiban comprar, las impiden tambien vender. Las naciones, segun Say son solidarias, así en la buena como en la mala fortuna, y los males ó las prosperidades son reciprocas; y estableciendo el principio de que el desnivel comercial produce trastornos de consideracion en las naciones, sin querer inició la cuestion del libre-cambio que hoy tan debatida está, y la division de los economistas en libre-cambistas y proteccionistas que debia surgir

despues, cuando la ignorancia de los legisladores creyó conveniente legalizar el monopolio, combatido ya por Quesnay.

Ocupándose tambien naturalmente de la poblacion, creyó con Malthus, que debian darse leyes restrictivas para el matrimonio cuando amenazase á la familia universal un gran exceso de ella, no creyendo, sin duda, que los acontecimientos morales pueden regirse por leyes distintas que los materiales; sino dejándose influir por el creciente pauperismo inglés en la época en que escribia este célebre economista. Hay ocasiones en que la inteligencia humana, influida por los sucesos que contempla, no está en libertad de poderse elevar á las altas concepciones científicas, y en este caso se encontraron Malthus y Say, olvidándose de que el mejor medio de prevenir el exceso de poblacion, es hacer que el bienestar se difunda todo lo mas posible, porque con él nace la prevision y la prudencia, como dice muy juiciosamente Teodoro Fix, pues la prohibicion del matrimonio no ataca á la poblacion; porque lo que hace es que haya mas nacimientos ilegítimos y con ellos mayor inmoralidad.

Pero todos estos cálculos debian ser hijos de un exámen mas maduro y frio, y de rigurosos silogismos, fruto de un entendimiento claro y de un espíritu mas tranquilo, á que contribuiria de algun modo tambien la estadística. Tales investigaciones habian naturalmente de llevar á estudios mas elevados, pues si desde los economistas que hacian consistir la Economía política en gastar poco, se habia llegado á los que opinaban que debia gastarse lo necesario, omitiendo lo supérfluo; necesariamente se habria de emancipar esta ciencia de las tendencias materiales á que continuaba sometida, hasta conseguir uniformar las ciencias morales, políticas y económicas.

Sismondi quiso lograrlo en nuestros tiempos modernos, intentando sacar á la ciencia de las apreciaciones materiales, revelando el desorden y miseria de los paises manufactureros, y dando la voz de alerta sobre los peligros de los bancos, que tan bien se han justificado despues. Cosa que no ha sido de estrañar, pues hasta nuestra época no se ha pensado en estudiar detenidamente la naturaleza y aplicaciones del crédito, sin duda porque no siendo una cosa tangible, como la moneda, habian creido no existia. Este economista, entrando de lleno en la cuestion del trabajo, quiere mejorar la condicion del obrero, y no considera como verdaderamente útiles los progresos de la riqueza, mientras no se repartan los beneficios entre los que han contribuido á formarla.

Señalando con seguridad y confianza los peligros del sistema artificial y ciegamente productor, encomiado por Inglaterra y adoptado por la mayor parte de los economistas modernos, ha tratado de restablecer el imperio legítimo de la economía moral sobre la material, cuya armonía constituye la Economía política, como antes hemos dicho, pues considerarla aparte, es un error, que nos llevaría á consecuencias fatales, hoy que en la organización de nuestras sociedades es imposible prescindir de ninguna de las entidades que constituyen la existencia colectiva del mundo, como sería también peligroso querer, que en oposición á los sistemas anteriores, la Economía política se ocupara de las condiciones morales de la organización de la sociedad, pues quedarían sin representación en la ciencia intereses poderosos, que amenazan ser los árbitros de las sociedades.

Sismondi trató de evitar estos escollos, y si en sus *Nuevos elementos de Economía política*, combatió en su base la escuela inglesa, haciendo resaltar ciertos errores de Malthus, Ricardo y Macculloch, y ensanchó los límites de la ciencia, reconoció no obstante la importancia de distinguir bien los diversos ramos que la componen, y en su *Riqueza mercantil* observó perfectamente estos preceptos.

Iniciadas por este autor importantísimas cuestiones en una época en que ya las ciencias habían llegado á un sorprendente grado de desarrollo, si no á su apogeo, porque imposible es predecir su alcance en las edades futuras, cada uno de los que le siguieron adoptó el camino que más conforme estuvo con sus inclinaciones, estudios y modo de ver los problemas que se planteaban, y así fué que Villeneuve-Bergemont escribió su *Economía política cristiana*, adoptando las ideas de Sismondi y explanándolas movido de un espíritu religioso digno del mayor aprecio; Demoyer en su *Tratado de Economía social* desarrolló otras teorías, y se mofó de los que sueñan en la perfectibilidad indefinida en Economía política, considerando las desigualdades sociales como un mal necesario, siendo á sus ojos esta ciencia la que procura á los hombres los medios de satisfacer sus necesidades físicas y morales, y les enseña á producir bien para ponerles en estado de consumir con provecho, cosa que logran por el trabajo libre. Storch por el contrario, se ha ocupado de los fenómenos del trabajo forzado ó retribuido, que según él, contribuye también á la riqueza de las naciones, y ha establecido una serie de riqueza relativa de las naciones que llama *prestamistas*, *prestadas é independientes*, habiendo sido el primero que dió la idea del capital moral, que no es otra cosa que la

suma de las capacidades de todo género con que las naciones se enriquecen é ilustran y las ponen en disposicion de enriquecerse y civilizarse diariamente.

Mientras en Francia se desarrollaba de este modo la Economía política con Droz, Destutt de Tracy, Duchâtel y Blanqui, en Alemania popularizaban las doctrinas de Smith, Sartorius y Garve, dando nuevas formas á la ciencia Kraus, Soden y Huffeland, asignándole una base extraordinariamente lata, hasta el punto de encerrar en ella toda la administracion de los Estados, y marcando las influencias que puede ejercer esta administracion en la prosperidad pública. Una vez exagerados los principios y fin de la Economía política, el deseo de innovar no debia pararse allí, y Pœlitz la clasificó nuevamente en su obra titulada *Ciencias del Estado*. Entre todos estos autores, Soden es el que puede considerarse como fundador de la Economía política en Alemania, habiendo seguido un método riguroso en sus investigaciones. Lotz y Bau presentaron algunas nuevas en sus escritos, y el segundo especialmente, adquirió una inmensa popularidad á consecuencia de la publicacion de su *Tratado de la Economía política*, que mereció el honor de ser traducido en diferentes lenguas. A su parecer, esta ciencia lo es de la riqueza propiamente dicha, de la policía administrativa y de la ciencia financiera.

La Italia no permaneció estraña al movimiento económico que agitaba al mundo, y entre los autores que se hallan en la coleccion de Custodi, de que ya hemos hecho mérito al principio de este capitulo, merece especial mencion Melchor Gioja que en su prospecto de las *Ciencias económicas*, reunió y extractó cuanto se habia escrito sobre Economía política en el siglo xviii, en Francia, España, Italia é Inglaterra, adicionando estos escritos con notas aclaratorias, y dándoles forma metódica y ordenada, de modo que Bossellini y Agazzini, pudieron seguir el camino emprendido por aquellos eruditos.

En nuestros dias ha aparecido en Francia un célebre escritor económico que parece haber hallado el limite en que puede y debe encerrarse la innovacion sin comprometer la autoridad de la ciencia; este economista es Rossi, en cuyo *Curso de Economía política*, se hallan opiniones originales sobre la renta territorial, apreciaciones exactas sobre la accion del trabajo en la produccion, reflexiones sobre los productos inmateriales, y muchos capitulos sobre el sistema colonial, parte que no habia sido tratada de un modo formal, y que indudablemente merece bien un estudio especial por las diversas condiciones

administrativas de las colonias, respecto á las metrópolis, y acerca de lo cual pueden darse muy bien principios generales. Todas estas circunstancias particulares de la obra de Rossi, la hacen digna de ser consultada por los maestros de la ciencia, con tanta mas razon, cuanto que del desarrollo de la Economía política ha surgido tambien en nuestros dias la Economía social.

Tratándose de innovar todo; porque es mas fácil fundar que reformar y mejorar, de veinte años á esta parte, Saint-Simon, Fourier y Owen, se dieron á buscar el remedio de ciertos males que aquejan á la sociedad, y creyendo ya antiguas é incurables las heridas que los continuos trastornos públicos han abierto en el cuerpo social, imaginaron una nueva constitucion, juzgando que siendo radical el vicio de nuestra organizacion social, radical debia ser tambien el remedio; de ellos, pues, parten los estudios de los que han querido organizar el mundo como un regimiento de soldados ó una comunidad, como dice el autor antes citado y de quien tomamos en su mayor parte esta reseña histórica de la Economía política, que constituye parte del artículo de esta palabra de la *Enciclopedia moderna* de Renier.

Estando completamente de acuerdo con Teodoro Fix, vamos á trasladar su opinion respecto á estas escuelas. «Estos sistemas, dice, se han hecho ya viejos por querer sustituir la uniformidad á la variedad, pués esta y las relaciones mútuas, son las que implican el progreso en las cosas materiales. La igualdad absoluta no solo será un tiempo de descanso, sino de retroceso, pues la diferencia de condiciones es uno de los primeros motivos de la existencia de las sociedades civilizadas. Allí donde todo está sometido á un nivel inflexible, todo es inferior, y además estacionario é inmóvil. La Economía política, deducida de los hechos existentes y de la esperiencia adquirida, responde al presente, aun cuando esté incompleta como ciencia, á una infinidad de necesidades, y racionalmente aplicada, puede conducir á las reformas mas saludables.»

Así es en efecto, pues siendo hoy el tema de la Economía política la produccion de las riquezas por medio del trabajo, y la distribucion racional de aquellas y salida de los productos de este, que es lo que se proponen los nuevos economistas por la nivelacion y disolucion de la familia, el equilibrio social se verificará por el impulso propio y natural de las fuerzas productoras y los estímulos consumidores, sin necesidad de trastornar las inmutables bases en que descansa la sociedad, pues la historia nos enseña: que en todos sus periodos, con

toda clase de gobiernos y con todo género de razas, siempre ha habido propiedad y proletariado, agente que ha sostenido el trabajo con su capital ó opulencia, y agente que ha producido las primeras materias y las ha elaborado. Esta verdad que se halla encarnada en el corazón de la sociedad, ha hecho morir en su cuna esa escuela innovadora y sofisticada en su forma, que llevada del impulso de sus pasiones y arrebatada de su entusiasmo, llegó á decir con Proudhon *que la propiedad era el robo*, exagerando el principio en que se funda.

El tiempo del equilibrio natural llegará; porque el espíritu que ha difundido la escuela liberal en política, es fraternal, y no puede menos de producir sus legítimos frutos, viéndose por eso reformar hoy el derecho internacional, y discutirse con tanto empeño la aplicación de los principios económicos. Para que tan importante triunfo se consiga, es preciso que se remuevan las trabas que se oponen á la práctica de los buenos principios, destruyendo los privilegios que estorban la distribución de los productos del trabajo, y á eso han tendido principalmente los esfuerzos de Bastiat en Francia, y de Cobden en Inglaterra, en la célebre cuestión de granos que inmortalizó á Sir Roberto Peel.

Con los estudios de estos últimos economistas, que completaron y extendieron los conocimientos económicos, fijándose en el punto importante y esencial de la producción y salida, la ciencia de la Economía política recibió su complemento, siendo la escuela libre-cambista la única que convenia á la época actual, ó mejor dicho, la que naturalmente habia de surgir del estudio profundo de la ciencia, cuyo fin es distribuir la riqueza en el mayor número posible de individuos del cuerpo social. Por eso ha tomado tanta importancia en nuestros días, por eso se han establecido cátedras, se han creado periódicos, se han fundado sociedades y se han abierto congresos, en que se debatieran y explicaran sus principios, dilatándose el campo de las investigaciones económicas, si bien se ha divagado algun tanto.

Así como de la Política nació la Economía, el Derecho político produjo el internacional, administrativo y últimamente el mercantil, que tantos puntos de contacto tiene con el internacional y la Economía política, de la que puede considerarse un auxiliar eficaz para resolver muchas cuestiones comerciales; pero la nueva ciencia que nació directamente de la Economía política, fué la industrial, en la que hizo sus primeros ensayos Bergery y despues ha perfeccionado Blanqui; ciencia de una importancia inmensa para el régimen de la sociedad, y

:

para el desarrollo de la Economía política; porque fijando las relaciones que median entre fabricantes y operarios, facilita la resolución de las grandes cuestiones á que dan lugar las del Gobierno con la industria, y las de esta con la agricultura y el comercio.

El progreso del mundo es innegable por mas que otra cosa se quiera decir, y aun cuando la Economía política es de las ciencias que mas han tardado en estudiarse, su marcha ha sido acelerada, y hoy sigue el impulso de concentracion que singulariza á nuestra época. Frios observadores de la marcha de la humanidad, ni nos arrebató el respeto á la antigüedad, ni nos irrita la lucha de la edad media, ni mucho menos nos engríe el adelanto de la edad moderna y el estudio reflexivo de la época contemporánea. Las cosas han pasado como debían pasar, y los importantes trabajos que ya empezaron á hacerse en todos los ramos del saber humano á fines del siglo pasado, y los grandes Diccionarios y obras magistrales del saber del siglo XIX que hoy admiramos en Riancey y Cesar Cantu, les hallamos tambien en Economía política en Coquelin.

El hombre, primero contó lo que vió, despues lo comentó, mas tarde olvidó mucha parte de lo que sabia para ocuparse solo de su emancipacion, y cuando empezó á reconquistar los derechos que perdiera, cuando Asiria subyugó al pueblo judío, muriendo con él la civilizacion hebrea, cuando el Evangelio comenzó á elevar el espíritu sobre la materia, el hombre inventó cuanto á su fin convenia; pero luego advirtió que mucho de lo que habia ideado habia ya sido iniciado por lo menos en las escuelas griegas, y renació la afición al estudio de la antigüedad. Con la aplicacion del entendimiento al estudio del clasicismo, coincidieron las excavaciones munismáticas, y el mundo antiguo casi apareció á su vista tal cual existia en la época de su apogeo, ó mas claro aun, desprovisto de las preocupaciones de la ignorancia antigua y de la niebla producida por el polvo de las ruinas, y se dedicó á organizar y metodizar lo estudiado y conocido, resultando de aquí, que esas grandes producciones del saber que hoy tanto nos ilustran, son producto natural de una época que por tantas vicisitudes ha pasado.

La ciencia económica tiene tambien clásicos escelentes, contándose entre las obras que encierran lo mas selecto de sus principios, el *Tra-tado de Economía de J. B. Say* de 1803, el Curso completo y *Nuevos principios de la Economía política* de Sismondi de 1819, el *Curso de Economía industrial* de Blanqui en 1837 y 1839, el *Curso de Econo-*

mía política de Rossi de 1840 y 1851; el *Tratado de Economía social* de Ott, la *Historia de la Economía política* de Blanqui y Ville-neuve-Bargemot, y el *Diccionario de Economía política* de este último, publicado bajo la dirección de Coquelin. Por la especialidad de los asuntos de que se han ocupado, pueden consultarse los escritos de Malthus, Ricardo, y el napolitano Scialoga, que en su *Curso de Economía* desarrolla una nueva fase en el valor del tiempo, y aun cuando sea anticipar ideas que tendrán su explicación más adelante, creemos no deban olvidarse el *Curso de Economía Política* de nuestro compatriota el Illmo. Sr. D. Eusebio María del Valle, que ha sabido distinguir como nadie el *Valor del Precio* y la *Historia de la Economía Política en España* por el Sr. D. Manuel Colmeiro, tratándose de las obras clásicas de la ciencia en general.

CAPITULO II.

ESTUDIO DE LA CIENCIA ECONÓMICA EN ESPAÑA.

La ligera reseña histórica que de la marcha de los conocimientos humanos en la esfera económica, acabamos de trazar, prueba de un modo indudable, contra lo que muchos piensan, que la Economía política ha dado en pocos años pasos agigantados. Verdad es, que aún se cuestiona acerca de algunos de sus principios capitales; verdad es también que aun no se han resuelto algunos de sus problemas; pero esto más bien es efecto de la complicación é importancia de las cuestiones que tiene que dilucidar, que de falta de firmeza en sus doctrinas. Efectivamente, ligada de una manera directa é íntima con la Estadística, ciencia de reciente creación, hija legítima de la Política y Economía, y auxiliar eficacísima de la administración, la ciencia económica no ha podido menos de participar de los errores políticos que llegaron á ser verdades en ciertas épocas, y de carecer de los comprobantes que justificaran los principios que el desarrollo de la filosofía y la práctica de los principios liberales, la hicieran concebir.

Tan cierto es esto, que la mayor parte de los escritores que se han ocupado en nuestro país de la prosperidad pública, han atribuido su decadencia, y así es la verdad, á errores políticos. Otra razón muy poderosa para que la Economía política no haya llegado á su perfección, es, que la mayor parte de sus cuestiones tienen tal carácter social, que algunos autores, como ya hemos visto, la han confundido

con la ciencia que regula el orden de la sociedad. Esta cuestion importante, que ha sido consecuencia necesaria del estudio y aplicacion del Derecho político y de la Economía política, es la nueva fase que presenta la Política al estudio de la generacion presente, y que sin duda alguna tendrán que resolver las que tras de nosotros vengan; resultado á que no contribuirá poco la ciencia económica, cuando los cuerpos legisladores se ocupan ya en algunas naciones ilustradas, de las cuestiones económicas con preferencia á las políticas. Los derechos del hombre no pueden ya discutirse; lo que sí será objeto de debates, será su ejercicio para que no se renueven la terribles perturbaciones que tantas víctimas causaron en Inglaterra y Francia, produciendo sin embargo los adelantos que las colocan hoy á la cabeza de la ilustracion.

La marcha progresiva de la humanidad es un hecho que nos prueba evidentemente la Historia, y la palabra revolucion, que tanto aterra; porque á ella ha ido unida siempre la idea de la violencia, no debe causar asombro al hombre juicioso; porque si la actividad es uno de los medios que el hombre tiene para llenar su fin en el mundo, la sociedad es imposible que pueda permanecer estacionaria, y lo que si debe asombrar es, haya personalidades ó entidades políticas que quieran poner una barrera á la marcha de la humanidad, cuando su resistencia solo puede dar lugar á esos grandes cataclismos que el hombre mismo rechaza por mas que en ocasiones dadas hayan sido una necesidad y librado al mundo de muchos seres que la perjudicaban.

La administracion pública, esa égida constante de la sociedad que debe favorecer el interés privado cuando no se halle en pugna con el público, es la que debe regularizar el ejercicio de la libertad, y nosotros, afortunadamente no hemos presenciado los horribles trastornos que han conmovido las bases de otros pueblos, habiendo tenido el suficiente tacto político para aprovecharnos de las lecciones que nos han dado, y ponernos al nivel, aunque modestamente, de las naciones que pasan por mas adelantadas.

Esto no quiere decir que no hayamos cometido grandes errores políticos y sufrido duras pruebas. Así ha sido en efecto, y opinando nosotros como el Sr. Sempere y Guarinos, no titubeamos en decir; que si hubieramos sido tan económicos como políticos hemos sido en alguna ocasion, no nos hubieran arrebatado otras naciones los inmensos bienes y recursos que nos concedió la naturaleza; porque á pesar de la decadencia de los reinados de Felipe III y Felipe IV, aun la fama

de nuestra diplomacia era proverbial en Europa. Nuestra desgracia ha sido no haber seguido, en unos casos, los prudentes consejos de los sábios que elevaban su voz al trono pidiendo remedio de los males públicos, y en otros, haberse olvidado la opinion pública y los gobiernos de las buenas doctrinas que en materia económica poseíamos, para imitar la legislacion estrangera, cuando teníamos una puramente nacional que debia haberse ido reformando. Las continuas luchas que España ha tenido que sostener con tantos pueblos invasores como han puesto su pié en nuestro país, han sido tambien una rémora constante para nuestro adelanto; pero á pesar de todo, el alma se dilata al ver que entre tanta sangre y ruina, en este país de los Viriatos, Pelayos, Padillas y tantos otros héroes de nuestra independecia, los sábios no permanecian ociosos, y así en guerra como en paz, y lo mismo en una época que en otra, descubrian las bases de las ciencias que metodizaron despues los estrangeros.

Esto vamos á probar y será el asunto que nos ocupará en este capítulo. Nuestra historia económica puede decirse que se halla compendiada en el célebre informe sobre ley agraria, que la Sociedad Económica de Madrid elevó al Supremo Consejo de Castilla y redactó el Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y que nosotros nos permitiremos ampliar ligeramente. Es opinion general, así en esta época como en las anteriores, que la situacion del país en el tiempo en que se escribe, es mucho peor que lo fué en el pasado; error que combatió con su prudencia acostumbrada el Sr. Jovellanos, sin que por eso desconociera los grandes pasos que habia que dar para que la nacion española adquiriera el desarrollo á que estaba llamada.

Lo mismo tratamos de probar nosotros respecto á la época actual, esplicándonos perfectamente esa opinion general, comun á todas las épocas y países, así por el deseo de perfectibilidad que siente siempre el hombre, como por la necesidad de satisfacer las nuevas exigencias de los adelantos y hacer que la administracion pública no se envanezca con sus triunfos y se duerma á la sombra de sus laureles; pero si aquella opinion fuera fundada, el trabajo que hemos emprendido seria inútil, puesto que solo daria por resultado demostrar que los esfuerzos de tanto esclarecido patricio como se ha ocupado de colocar á nuestra nacion á la altura de las mas adelantadas, tan solo habian servido para que España decayera de su antiguo puesto. No ha sido así en verdad, y por eso queremos que la nacion entera sepa las conquistas que ha ido consiguiendo en el terreno de la ciencia económica y el

constante desvelo de sus sábios y buenos amigos, para que sirva de estímulo á los venideros y no desmayen ni por las contrariedades de la opinion, ni por los obstáculos políticos.

Las noticias que tenemos de los primeros pueblos que poblaron á España, nada nos dicen respecto á sus conocimientos económicos, siquier entonces no se conociese este nombre; pero es de presumir ignorasen los principios generales de la Economía, puesto que aun cuando la dominacion romana sujetó á todos los pueblos á un solo régimen y legislacion, que impulsaria la agricultura, tan atendida en Roma, nada hallamos que revele el estudio de aquella ciencia, cosa que no es de estrañar, pues los doscientos años de guerra que tuvo que sostener, la impidieron que sus luces consiguieran el resultado que era de esperar produjera la paz de Augusto. Pero aun en esta época, la acumulacion de la propiedad, el cultivo en grande, y el empleo de esclavos en la labranza, entregó la agricultura al abandono, la ignorancia y el vilipendio, que llevaron consigo el desaliento é introdujeron un cultivo vicioso.

Poco despues de aquella época brillante de Roma, Cádiz produjo al célebre Columela, que aun es consultado por los agricultores modernos por haber consignado en sus escritos escelentes principios económicos y nociones generales de agricultura, aprovechando sin duda algunas las observaciones generales y particulares de Julio Higino, que manifestó la gran importancia del cultivo de la tierra, cuando este arte aun no habia salido de su infancia entre los romanos. Plinio el Viejo, en tiempo de Vespasiano, achaca al cultivo en grande la ruina de la agricultura italiana, y que con ella arrastraria á la española, lo prueba el cánon frumentario que la hizo ir de mal en peor, y las escandalosas vejaciones de los Prétores, especialmente desde Constantino, que abastecian con los productos de España la capital y el ejército, pudiéndose calcular lo que de este país sacarían, al ver la ponderacion que hacian de su fertilidad, y los grandes trabajos mineralógicos emprendidos en nuestro país, cuyas huellas quedan aun en algunos puntos de España.

En tiempo de los visigodos, la conquista llevó consigo el despojo de los propietarios, y además del trastorno natural que produjo en el Estado el cambio de manos y la distribucion de las dos terceras partes del terreno á los conquistadores, el cultivo continuó abandonado á los esclavos, que naturalmente solo se dedicaron á seguir las prácticas ya sabidas, aplicándose con preferencia á la ganjeria de los ga-

nados, que era la ocupacion que conocian en su pais. El órden establecido por Columela, se borró completamente de la memoria de los naturales, que por otra parte tampoco querian poner en práctica un sistema que solo daria provechos á los opresores, no habiendo un interés nacional que los impulsara, al paso que los conquistadores practicaron los usos que conocian, como nos lo prueba su preferencia que daban á la ganadería.

La dominacion árabe, que siguió á la de los pueblos del Norte, acabó de destruir nuestra agricultura, pues los cristianos tuvieron que tomar las armas para rechazarla; pero tambien en esta época se repite el ejemplo de Columela, pues aunque tras luengos años, renace al fin la agricultura nabathea bajo el genio árabe, y mientras las demás naciones olvidaban la labranza de la tierra para uncirse al carro de la guerra, Ebn-el-Awan en el siglo XII, la eleva á gran altura. Pero toda aquella ciencia y sus deseos de fomentarla, formando pantanos y acequias, y abriendo canales, se estrellaba contra una administracion abusiva, un despotismo terrible, la dureza de sus contribuciones y las continuas guerras; con causas todas que contuvieron su progreso, hasta el punto de que la medrosa agricultura española tuvo que acogerse á la sombra de las fortalezas en Leon y Castilla, prefiriendo tambien la ganadería, por la facilidad que ofrecia su transporte en caso de peligro.

Las circunstancias políticas de España en estas épocas de invasiones continuas, hicieron que nuestros reyes atendieran con predileccion á la conservacion del territorio que venian defendiendo sus naturales desde casi la poblacion de España, sentimiento de que han participado todos los pueblos cuando se han visto amenazados; porque la Sociedad como el individuo, cede naturalmente al impulso de la propia conservacion antes que á cualquiera otro, debiendo ser por esta razon muy parcos en las acriminaciones que hacemos á la antigüedad, y no extrañarnos por lo tanto que la historia de España hasta D. Fernando el Católico, se reduzca solo á la política de los diversos reinos en que se dividió.

Hasta la mitad del siglo XIII las crónicas españolas solo se ocupan de la narracion minuciosa de las continuas luchas entre los señores y los solariegos; porque como los poderosos habian auxiliado moral y materialmente á los monarcas, estos por reconocimiento y por necesidad, tuvieron que hacer concesiones onerosas para los pueblos, que á su vez hubieran sido dominados por tantos reyes, cuantos hubieran

sido los mas fuertes , si no hubiesen tenido una nobleza que los armase y dirigiese contra los enemigos comunes. El poder que fué adquiriendo la nobleza, no solo llevó consigo el inconveniente de subyugar la tierra , sino que en el órden político creaba un poder dentro de la monarquía, que hasta mediados del siglo xv dió lugar á mil intrigas y trastornos para conseguir la privanza de los reyes, como lo probó la desgraciada muerte de D. Alvaro de Luna que en tiempo de D. Juan II quiso cortar sus vuelos.

Este, y sus antecesores Enrique II y D. Juan I, dieron algunas disposiciones para mejorar el estado de la agricultura; pero el sistema restrictivo, que alguna vez puede ser oportuno, y era el espíritu que presidia á toda la legislacion de aquella época, y que mal entendido ha trascendido hasta nuestros dias, hizo que D. Juan I, D. Alonso XI, D. Pedro I y D. Enrique II, dictarán órdenes que restringiendo cada vez mas el comercio, produjesen el atraso del cultivo.

Como no podia menos de suceder, con la union de Castilla y Aragon, verificada por el advenimiento al trono de Castilla de la reina Isabel I por muerte de su hermano Enrique IV, hijos ambos de don Juan II, casada con D. Fernando de Aragon, la monarquía española se hizo fuerte, y conquistada Granada, casi toda la península se gobernó por un solo pensamiento. Con este gran acontecimiento no se removieron, sin embargo, todos los obstáculos; porque no era posible removerlos de pronto; pero no quedando independiente mas que el reino de Navarra, la idea culminante de los Reyes Católicos de establecer en España la unidad monárquica y religiosa, se consiguió, hasta cierto punto, con la creacion de la Santa Hermandad, la incorporacion á la corona de las grandes maestranzas de las órdenes militares, el establecimiento de la Inquisicion y por último la conquista de Granada, pues abatido el poder de la nobleza, formidable en tiempo de Enrique IV, se concentró en una sola, las diferentes monarquías españolas.

Distraida la atencion de los Reyes Católicos con los descubrimientos de Colon, Cortés y Pizarro en el Nuevo Mundo, y las guerras de Italia y conquista de Nápoles por el Gran Capitan, la administracion pública no se fijó mucho en los intereses materiales, y sobre todo en la agricultura, que abrumada, como hemos dicho, por las concesiones hechas á la nobleza y al clero desde el tiempo de D. Juan I, y muy particularmente por el diezmo, que el rey D. Fernando tuvo que continuar sosteniendo á fuer de Católico, y cuyo pago se eludia ya hasta